

# EL COLECCIONISMO MILITAR

David HERRADOR GUTIÉRREZ



UEDE que la milicia no se agote en la profesión de las armas. La carrera militar en las Fuerzas Armadas es sin duda la forma más meritoria y evidente de ejercer la milicia, entendida como servicio o profesión militar. Desde luego es la más sacrificada, arriesgada y expuesta y la que exige la mayor entrega personal. Pero es posible que existan otras formas de ejercerla. Esas otras formas de milicia, entendida de forma amplia como actividad de defensa y no exclusivamente como servicio militar, serían complementarias de la principal y permitirían explicar la razón de ser de ésta.

Tradicionalmente, la misión de los ejércitos ha sido la de defender al grupo al que sirven —por la fuerza si fuera necesario—, al conjunto de usos y costumbres que el mismo grupo ha ido atesorando a lo largo del tiempo, leyes y modos de vida, y el espacio físico donde ejercen esos modos de vida y que ha sido modificado por ellos mismos a lo largo del tiempo.

Cuando llega el caso de emplear la fuerza se pone en juego la propia vida y la de los demás, sean compañeros, subordinados, compatriotas o sean las personas que se colocan al otro lado del alza de mira; es decir, se pone a disposición del grupo el propio instinto de supervivencia y se comercia con el de los demás (la guerra como forma de comercio no es invención mía, sino de Clausewitz).

Es entonces cuando el hombre apela a su conciencia para entender por qué actúa de ese modo tan extremo en que llega a ofrecer la única mercancía inequívoca a su disposición: la vida. Es decir, busca las razones para entender su propio comportamiento. A esto los psicólogos lo llamarían factores de motivación.

Esas otras formas de milicia de que hablaba antes serían las actividades que refuerzan la motivación del militar que ha de disponer de su propia vida al servicio de los demás. Son milicia en cuanto contribuyen al ejercicio de la profesión militar activa. De algún modo constituyen también profesión militar.

## TEMAS GENERALES



Sable francés del tipo «Briquet», modelo año XI. Presenta la inscripción *M<sup>future</sup> N<sup>ale</sup> de Klin - genthal Coulaux frères Entrep<sup>s</sup>*, lo que permite fecharlo entre 1801 y 1806. Procede de España, sin duda alguna vio la acción durante la Guerra de la Independencia Española. (Colección del autor).

Ejercen esta milicia las miles de persona que acuden todos los años a presenciar el desfile del Día de las Fuerzas Armadas y los cientos de miles que lo siguen por televisión. También los que acuden a las exhibiciones y a las jornadas de puertas abiertas que periódicamente organizan diversas unidades y las asociaciones de veteranos reservistas y los miles de visitantes que visitan los museos para aprender o recordar hechos ya pasados y olvidados por la inmensa mayoría de la gente. Este conjunto de actos y actividades contribuye a crear un sentimiento de pertenencia al grupo y explica el sentido de una vida dedicada al mismo. Ésta es la retroalimentación de la que hablan también los psicólogos.

De vez en cuando es necesario que al servidor público se le recuerde que ese público al que sirve le está agradecido y admira y confía en su trabajo.

Y ahora que llegamos al asunto principal, pido al lector un instante de reflexión. El militar sabe lo dura que, por debajo de la literatura, es en ocasiones la profesión, psicológica o físicamente, con el hambre de los cercos, el frío de las centinelas, el peligro de los asaltos y el espanto de las batallas de que hablaba Cervantes, y que a su licenciado Vidriera nadie le explicó cuando lo reclutaron para una compañía en Italia. Hoy día las condiciones del servicio han mejorado mucho, pero también se han modificado los modos de vida, con lo que a nuevos tiempos nuevas durezas (los soldados de los tercios no vieron llover petróleo ni se tuvieron que pasar ocho horas delante de una pantalla siguiendo un punto luminoso).

El profesional sabe por qué lo hace, aparte de la rápida y sencilla respuesta de que supone llevar el sustento a casa. Pero, ¿se pregunta por qué lo hicieron sus antepasados de profesión? ¿Es alguien capaz de imaginar realmente lo que debió de suponer la jornada de Trafalgar, por no decir San Vicente, para un profesional honesto, o Bailén, Almonacid u Ocaña para un patriota, por no

mencionar Monte Arruit? La disciplina es un factor, pero, ahondando un poco más, ¿qué es lo que le hacía mantener esa disciplina?

Se trata de hechos hace tiempo olvidados por la mayoría, aunque en su momento conmocionaron a toda la nación y llevaron la tristeza a miles de hogares. Qué menos que recordarlo para no olvidar jamás. Las glorias del pasado, derrotas o victorias deben ser evocadas para animar a los hombres del presente. Esto lo saben bien otras naciones, que hacen de la tradición casi un banderín de enganche.

Trafalgar se puso de moda hace unos años, y algunas de las batallas mencionadas volverán a salir del desconocimiento por cortos periodos para de nuevo volver a la sepultura del olvido, excepto para unos pocos estudiosos y aficionados a la Historia. Qué gran verdad aquella de que todo sigue vivo hasta que deja de ser recordado. La novela histórica de Pérez-Reverte ha salvado ya alguna conmemoración, pero desgraciadamente ni va a estar siempre ni creo que sea suficiente para lo que realmente se conmemora.

En los museos se conserva vivo parte de ese recuerdo durante todo el año. Hallamos allí piezas «sagradas» que, en ocasiones, por sumamente importantes, carecen casi de sentido. Tan importantes fueron que nunca se tocaron, y se podría decir que no estuvieron en ningún sitio ni protagonizaron episodio alguno. Baste como ejemplo, y por ser ésta una revista de temática naval, un par de casos del Museo Naval de Madrid. El Winchester de Valeriano Weyler conservado en su caja de regalo, o los sables de homenaje donados por Napoleón a los comandantes de los buques españoles de la escuadra conjunta de Brest. Evidentemente este tipo de piezas debe ser expuesto, pero no por ello se deben olvidar otros objetos sin tanto pedigrí y que sin embargo «estuvieron allí». Valga como ejemplo el fusil Charleville completamente encostrado y recuperado en los arrecifes del castillo de San Sebastián, casi en La Caleta, procedente del pecio del *Bucentaure*. Sorprendería conocer el número y calidad de los que no son conocidos. Ésta es una concepción muy especial de la museística, pero ilustra un poco la idea que querría transmitir al lector.



Sable británico para caballería ligera modelo 1796. Profusamente empleado durante la Guerra de la Independencia por británicos y unidades españolas, sobre todo guerrillas, abastecidas por éstos. (Colección del autor).



Diversos botones de uniforme españoles, franceses y británicos del periodo napoleónico. (Colección del autor).

Existe otro modo de conservación del recuerdo histórico, de un potencial desconocido en España, y que en su conjunto seguramente supere en cantidad y calidad la conservación museística de ese recuerdo: el coleccionismo particular.

Las piezas históricas que caen en manos de particulares —de forma legal, por supuesto, pues lo contrario no es más que rapiña y botín de la Historia— suelen ser menos espectaculares y el estado de conservación puede ser inferior o, por qué no decirlo, deplorable. Pero eso no desmerece el valor histórico, sino tan sólo el estético, llegando incluso a engrandecerlo (recordar de nuevo el Charleville). Para un famoso coleccionista de armas norteamericano, considerado padre del coleccionismo de armas en

los Estados Unidos (y allí de eso saben bastante), John S. Du Mont, una de las piezas más valiosas de su colección no era ninguno de los revólveres Colt que pertenecieron a los mismísimos Lincoln, Lee o Sherman, sino un ejemplar de un modelo corriente, oxidado, roto, con varios cartuchos sin percudir todavía en el tambor y otros disparados, encontrado junto a los restos de un carromato en un viejo camino abandonado del Oeste americano. Para él, propietario de varios cientos de armas históricas, éste entre todos representaba la esencia del espíritu de frontera norteamericano del salvaje Oeste.

Éste es el tipo de piezas que pueden aportar muchos particulares: armas antiguas de modelos corrientes, que seguramente estuvieron «allí aquel día»; documentos a nombre de gente corriente, llenos de dobleces, borrones y faltas que, doblados en el interior de la faltriquera, bien pudieron hacer las mismas campañas que sus dueños; o pinturas y grabados de gente sin fama, seguramente de poca calidad artística, pero que pueden aportar numerosos detalles desconocidos en la obra de los artistas de siempre. Ésta sería otra forma de esa milicia complementaria de la que hablaba antes.

El coleccionismo particular, precisamente por eso, por ser privado, es gravoso para quien lo mantiene. Quien está dispuesto a dejar un sueldo, o más de uno, en una pieza concreta sin duda lo hace motivado por un fuerte sentimiento que le inspira ese objeto. No hablo del anticuario que comercia con piezas de este tipo y que hace de la compraventa un medio de vida, sino del adquirente final, el que entiende verdaderamente lo que representa aquello que acaba en sus manos.

El coleccionista suele especializarse en temas concretos, generalmente centrados en objetos determinados de épocas específicas. El coleccionista avanzado, de algún modo, según va completando espectros, amplía periodos y categorías de objetos. Personalmente, como ejemplo, tengo preferencia por nuestra Guerra de la Independencia y, específicamente, por sus armas blancas, aunque sin desdeñar otros artilugios. Otros colegas de afición se especializan en la medallería y las condecoraciones, otros en las armas de fuego, algunos incluso en munición, y así para casi cada periodo histórico. Hay para todos los gustos. Como coleccionista particular he contemplado en vitrinas de museos piezas objetivamente muy inferiores a las que obraban en manos de algunos coleccionistas medios.

El recurso socorrido para las autoridades en este caso es apelar a la cesión o donación. Esto evidentemente supone un rasgo de enorme generosidad y servicio a la sociedad, pero es una petición exigente por el



Nota de prensa británica sobre la actualidad de la guerra peninsular. Contiene una referencia a la huida de prisioneros de guerra franceses de un pontón anclado en la bahía de Cádiz.

(Colección del autor).

### TEMAS GENERALES

esfuerzo en tiempo y dinero que supone conseguir las piezas, para luego perderlas, sí, perderlas, pues al fin y al cabo el particular se ve privado de ese disfrute individual que buscó al adquirir la pieza.

Como en el ámbito castrense sólo medra quien al planteamiento del problema aporta soluciones eficientes, dejo como sugerencia la consideración de la elaboración, por parte de algún lector con ciertas capacidades, de un catálogo o inventario serio de piezas particulares. Muchísimos coleccionistas secundarían la iniciativa con piezas también serias (pues también hay que decirlo, se ve de todo). Se trataría de una llamada a presentar colecciones o piezas.

La segunda parte consistiría en la exhibición de éstas en exposiciones temporales periódicas, por ejemplo, y que fueran complementarias de las permanentes. Ayudarían mucho a la difusión de nuestra Historia, involucraría a la sociedad civil y permitiría participar ciertamente en la motivación de quien ejerce la milicia activa, en cuanto tributo a épocas y personas ya desaparecidas, pero que explican nuestro presente.

España ha vivido siempre de espaldas a nuestra Historia militar y parece molestar el intento de recordar el pasado. Las armas cedieron su sitio al arte en algunos lugares, desconociendo que éstas, por duro que suene, también son arte y muestran y reflejan la evolución cultural y tecnológica. Basta con echar un vistazo a algo tan simple como las armas blancas. En el mundo anglosajón existe bibliografía específica sobre armas verdaderamente raras e inusuales, mientras que la bibliografía española general se limita apenas a tres obras, y éstas de dudosa eficacia.

El coleccionismo particular complementa la conservación del patrimonio en los museos y sirve de estímulo para los descendientes de quienes hicieron la Historia, conservada y recordada a través de tesoros de momento anónimos.

